

Esperó impaciente á que pasase una hora, y después se dirigió á la casa verde.

El boticario había vivido durante muchos años en Madrid, aunque entregado á los trabajos de su profesión; mas hacia ya algunos que residía en Aybar, y había perdido la memoria de lo que es la sociedad, que por otra parte nunca había frecuentado mucho; sincero en demasía para saber doblegarse á mezquinas consideraciones, el buen anciano, al salir de su casa, no pensó ni por un momento en lo intempestivo de la hora; sólo se acordó de que iba á ver á un hombre que le podía dar nuevas de su hijo.

Tendría don Anselmo cerca de sesenta años; su estatura era alta y robusta, pardos sus ojos, y sus cabellos, blancos y escasos, hacían un singular contraste con sus cejas, muy negras, y su morena cara; era tan honrado el aspecto del anciano, había tanta dulzura en su fisonomía, inspiraba tal respeto su calva frente, que era imposible verle sin sentir una profunda simpatía hacia él.

Llevaba un traje negro de forma anticuada, una corbata de extremada blancura y unos gruesos zapatos; no gastaba guantes y su mano derecha se apoyaba en un enorme bastón con puño de oro.

—Buenas tardes, amigo—dijo el farmacéutico á un palafrenero que se paseaba en el patio ilu-

minado ya por un reverbero.—¿Pertenece usted á la servidumbre del señor conde de San Telmo?

—Sí, buen hombre—contestó el lacayo, que al ver á don Anselmo tan modestamente vestido le tomó por el sacristán.—¿qué se ofrece?

—Quisiera ver á su amo—repuso con dulzura el anciano, sin darse por resentido de la llaneza del criado.

—¿Cómo?... ¿Qué es lo que dice usted? ¿Qué quiere ver al señor conde? ¡Jal... ¡jal... ¡jal...— prosiguió soltando una carcajada.—¿Cree, por ventura, que basta querer para conseguir hablar con mi amo?

—Digo—repuso con firmeza don Anselmo—digo que quiero ver al señor conde, y le veré—añadió atravesando el patio; después separó al insolente lacayo con severo ademán, y empezó á subir la escalera.

—¡Eh!, viejo atrevido, venga usted acá—gritó el doméstico con estentórea voz,—¡voto á dos mil legiones de diablos! ¡venga acá ó subo yo á buscarle!

Pero el anciano había ya subido la ancha escalera, y estaba en la puerta de la habitación.

—¡Robertooo!... ¡señor Roberto!... —vociferó de nuevo el palafrenero.

—¿Qué quiere, Juan?—preguntó el ayuda de cámara asomándose á una ventana—¿por qué grita usted así?

—Ahí tiene al viejo posma del sacristán—dijo Juan—lleva el gracioso empeño de ver al señor conde á estas horas... dese prisa á detenerle, porque si no se va á encajar en el cuarto del señor conde.

Apresuróse Roberto á abrir la puerta y se encontró con don Anselmo; el ayuda de cámara, que hacía dos meses que estaba en Aybar, sabía quién era el anciano mejor que Juan, que acababa de llegar de Madrid.

—Bien venido sea usted, don Anselmo—dijo Roberto inclinándose con esa política mezclada de ironía, que los criados de casas grandes usan con los inferiores á sus amos.—¿En qué puedo servirle?

—Quisiera ver á su amo de usted—repitió el anciano gravemente.

—Es imposible; el señor conde va á acostarse ahora mismo y no puede recibir; tómese usted la molestia de volver mañana, y creo que mi amo tendrá sumo placer en verle.

—También yo estoy persuadido de lo mismo—dijo el boticario echando á andar hacia las habitaciones interiores.

—Pero caballero—decía Roberto, procurando en vano detenerle;—pero caballero, esto es inaudito... no se entra así, sin más ni más...

—Anuncie usted á don Anselmo González, y no se ocupe en otra cosa—dijo el anciano con

voz sefena y reposada;—de lo contrario entraré sin que me anuncie nadie.

Subyugado Roberto por tanta firmeza, se dirigió maquinalmente á la puerta del aposento donde á la sazón estaba el conde, levantó el pesado *portiere* de terciopelo, y anunció:

—¡Don Anselmo González!

Sorprendido el conde se volvió, y sus miradas se fijaron en el anciano, que ya había penetrado en la habitación.

V

El saloncillo en que se hallaba Octavio era sumamente lindo, y estaba adornado con el gusto más exquisito.

Cubría las paredes una riquísima tela de raso verde, con ligeros arabescos de oro, y verdes eran también los sillones, adornados con preciosos dorados, y las largas cortinas que caían delante de las puertas y balcones. Veíase sobre la chimenea un soberbio reloj, que parecía haber sido arrebatado del gabinete de Felipe IV, y que más de una vez habría señalado la hora de galantes citas para el monarca; dos magníficos candelabros de filigrana de oro, colocados á ambos lados del reloj, y en cada uno de los cuales ardían seis bujías de rosada y perfumada cera, iluminaban el salón.

Sobre el pavimento se extendía una gruesa y hermosa alfombra, y los caprichosos reflejos del fuego que chispeaba en la chimenea animaban á intervalos con sus trémulos resplandores los preciosos dibujos de que estaba bordada, dándoles fantásticas y variadas formas.

Aquella estancia, adornada con gusto severo y sencillo, armonizaba perfectamente con la noble y hermosa figura del conde; sentado, ó más bien tendido, en un sillón próximo al fuego, permanecía Octavio sumergido en tristes pensamientos cuando Roberto anunció á don Anselmo.

Sorprendido y contrariado el conde, se volvió con el semblante severo, mas contuvo su disgusto al ver al anciano que estaba enfrente de él, con la cabeza descubierta.

—¿Tengo el honor de hablar al señor conde de San Telmo?—preguntó don Anselmo, con su grata y reposada voz y su acento sencillo y grave.

—Al mismo, caballero—contestó Octavio inclinándose levemente, tirando sobre la meseta de la chimenea el gorro de terciopelo que sujetaba apenas sus espesos y rizados cabellos.

Después señaló al boticario un sillón, que Roberto acababa de acercar, y volvió á tomar para sí el que antes ocupaba.

—Permítame usted, caballero, que le pregunte á mi vez, si es al padre del doctor Luis á quien

tengo la fortuna de ver—dijo el conde con fina, pero glacial cortesana.

—¡Ah, señor conde!—exclamó vivamente don Anselmo, que al oír nombrar á su querido Luis, no se acordó de contestar siquiera.—¡Ah, señor conde!, dígame usted, ¿cómo está mi hijo?

Pasándose después la mano por sus ojos humedecidos, prosiguió con voz alterada por la emoción:

—Perdonad, señor conde, si no he sido dueño de contener el primer ímpetu de mi ternura; ¡si supiera usted cuánto merece mi amor ese hijo querido!

—Comprendo ese sublime sentimiento, caballero—dijo el conde que, á la verdad, hacía ya mucho tiempo que no comprendía ningún sentimiento dulce y generoso—y lo comprendo tanto más, cuanto que Luis es mi amigo; por lo que toca á su salud, debe usted estar completamente tranquilo; está bueno, y me ha encargado repita á usted sus más afectuosos recuerdos; tome usted, prosiguió, sacando de su bolsillo una preciosa cartera de tafilete de Rusia con adornos de plata, y de ella una carta que presentó al anciano. Luis me la entregó para usted al tiempo de separarnos.

—¿Me permite usted que la lea?—preguntó don Anselmo conservando en la mano la carta abierta.

—Sin duda.

—«Querido padre mío»—leyó el anciano en voz alta.

—Pero, caballero—interrumpió el conde—quiza yo no deba saber el contenido de esa carta, y, por lo tanto, no puedo consentir...

—¿No ha sido usted el portador?...—observó el boticario,—pues es muy justo que la oiga.

Y aproximándose á la luz volvió á empezar la lectura de la carta.

—«Querido padre mío: El señor conde de San »Telmo es una de las personas á quienes más »aprecio; nada más quiero decirte, porque te conozco y sé que es querido á tu corazón todo lo »que es caro al mío; sé su amigo mientras permanezca en Aybar; á nadie conoce, y te ruego, »por lo mismo, que trates de distraer todo lo posible su carácter melancólico.

»Adiós, bueno y querido padre mío, tu hijo »que te abraza—LUIS.»

Al acabar de leer la carta de su hijo, fijó don Anselmo en el conde una mirada cariñosa.

—Tendré el mas grande placer—le dijo—en cumplir el encargo de mi querido Luis, y haré todo lo posible para que no se fastidie usted; desgraciadamente esta aldea ofrece pocos recursos, pero el interés que desde este momento me tomo por usted me inspirará y me hará encontrar medios de distraerle.

Una sonrisa amarga pasó por los labios del conde.

—Permítame usted ahora—continuó el anciano—que me informe del estado de su salud; en este pueblo no hay facultativo, y yo tendré que ejercer sus funciones cerca de usted; mi hijo me decía en su anterior que no se encontraba usted muy bueno, y así me lo indica, además, su palidez; voy á juzgar en el acto con más seguridad, añadió, tomando el pulso á Octavio, que sin oponer la más leve resistencia y con una calma irónica y burlona, se entregó en manos del boticario.

—Aquí no hay más que tristeza, enfermedad moral de mal curar, como no haga usted mucho por su parte—dijo don Anselmo después de una breve pausa, y con la amable y viva franqueza que era la base principal de su carácter;—todos los días vendré á ver á usted á la hora que me señale.

—Cualquiera que sea la que usted elija me será muy grata—repuso Octavio, disimulando su disgusto bajo la apariencia de una exquisita cortesía.

—Quede usted con Dios ahora, conde—dijo don Anselmo levantándose;—necesita usted descansar porque leo en sus ojos mucha fatiga. Ea, hasta mañana, prosiguió, estrechando entre sus manos robustas las delicadas del joven.

—Antes de que me deje usted, permítame que le haga una pregunta, mi querido señor—dijo el conde con intención y deteniendo á don Anselmo.—¿Quiénes son tres personas que no hace dos horas bajaban á caballo por el camino que conduce al edificio blanco que se ve al fin de la aldea? Si no he visto mal, eran dos lindas jóvenes y un caballero.

—No se equivoca usted, conde—dijo el boticario con dulce gravedad;—ha visto usted á la señorita de Rivera, al caballero Víctor de Sandoval, su primo y hermano de la otra joven que iba con ellos. Con que hasta mañana, añadió don Anselmo, cortando aquí la conversación, que empezaba á interesar al conde, y salió cerrando tras de sí la puerta para impedir á Octavio que le acompañase, cosa en la que éste no había pensado siquiera.

Roberto le abrió, inclinándose con burlesco respeto, las otras dos puertas, y los demás criados le saludaron al pasar, sonriendo irónicamente, incluso Juan, el palafrenero.

En cuanto al conde se acostó en seguida, y un sueño bienhechor reparó las fatigas del viaje.

VI

Tres meses después de la llegada del conde Octavio de San Telmo á la aldea es cuando empiezan los acontecimientos que vamos á referir.

La misma mañana que se encontraron en el campo el tío Agustín y Pedro se hallaban reunidas en el salón de la quinta cuatro personas.

Todas cuatro eran dignas de llamar la atención de un observador.

Sentada en un ancho sillón y entretenida en coser una pieza de tela blanca, se veía una mujer que parecía tener cuarenta y seis años; debía haber sido de peregrina belleza, pues en sus facciones se descubrían aún rasgos de una hermosura sin igual; su tez, en extremo morena, era pálida; rodeaban su frente dos hermosas trenzas de cabellos negros, matizados de algunas hebras de plata; sus ojos, que también eran negros, de una belleza envidiable, velados por anchos párpados, prestaban á aquella fisonomía un aspecto de dulce y tranquila paz, que solo podía ser el fruto de una larga vida de virtud; sus manos eran hermosas y afiladas, y su traje, aunque muy sencillo, de buen gusto y hecho con esmero.

Llevaba una ancha bata de raso gris, un chal de merino azul oscuro y una gorra de batista guarnecida de encajes.

Cerca de esta señora se hallaba sentada una joven, de cuya angélica hermosura sólo los que hayan visto las vírgenes de Greuzze pueden tener alguna idea. Parecía alta, y toda su figura respiraba gracia, encanto y candidez; tenía la sedosa cabellera rubia, el cuello nacarado, la tez nevada y transparente de una inglesa, y los ojos centelleantes, los labios de coral y los dientes de perlas de una mujer nacida bajo el ardiente sol de Andalucía.

Llevaba puesto un sencillo vestido blanco de hechura enteramente lisa, y ceñía su talle un ancho cinturón de seda azul; sus cabellos dorados se recogían en sus sienes en dos espesas trenzas, sujeta cada una con un lazo azul, igual al cinturón.

Prestaban tantos hechizos á aquella hermosa fisonomía sus grandes ojos de límpido y oscuro azul, guarnecidos de pestañas y coronados por cejas de azabache; había tal pureza y regularidad en sus facciones, tanta gracia y dulzura en su sonrisa, y era tan notable la mezcla de dignidad y de inocencia, de abandono y de pudor que se advertía en ella, que era imposible dejar de admirarla.

Aparentaba tener diez y siete años, y si sus miradas se separaban de la labor de tapicería en que trabajaba era solamente para dirigirse al jardín.

Apoyado en el respaldo del sillón que ocupaba la dama veíase un joven que contaría veinticinco años á lo más; su estatura esbelta excedía algún tanto á la regular; en cuanto á su semblante era la copia exacta del de la primera mujer que hemos descrito; la misma hermosura en las facciones, la misma mezcla de dulzura y altivez en el semblante; enfrente de él había un caballero con un lienzo que representaba un hermoso cuadro próximo á terminarse, una paleta preparada y una caja de pinceles.

Sentada junto al balcón estaba una niña de lindo y expresivo rostro, que podría tener unos doce años; llevaba, como la otra joven, un vestido blanco y un cinturón color de rosa; tenía grandes y azules los ojos, morena la tez y castaño oscuro el cabello, que rodeaba su frente en gruesos rizos. De vez en cuando levantaba los ojos del pañuelo de batista que se le veía en la mano, en el cual bordaba con suma agilidad, y fijaba su mirada en la joven de cabellos rubios.

La dama que ocupaba el sillón era la señora doña Catalina Rivera de Sandoval, propietaria de la quinta.

La hermosa joven, la señorita Evangelina de Rivera, hija de un hermano de doña Catalina, huérfana y educada por su tía.

El caballero, Víctor de Sandoval, hijo de ~~doña~~ don LEON primera y pintor de profesión.

UNIVERSIDAD DE LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

La graciosa niña, Adoración de Sandoval, hermana de Víctor, y, como éste, prima de Evangelina.

El radiante y purísimo sol de aquel hermoso día penetraba de lleno por las vidrieras é iluminaba el salón con sus dorados reflejos.

Los muebles eran en extremo sencillos; unas cortinas de muselina blanca y lisa caían delante de las puertas y balcones; un papel de figurones de remota época cubría las paredes; sobre la chimenea había dos floreros de cristal, cuyas bocas tapaban dos calabacitas redondas, amarillas y enteramente parecidas á dos naranjas.

Un reloj bastante lindo que Víctor había traído de Madrid á su buena madre ocupaba el punto medio entre dos candeleros de cobre, que formaban juego con los dos floreros.

La sillería del salón la componían un gran canapé, forrado en telas de dos colores, y doce sillas correspondientes; todo indicaba allí una medianía tranquila, feliz y sosegada.

En la estancia reinaba un profundo silencio, interrumpido sólo por el canto de dos canarios, cuyas jaulas doradas, únicos objetos de lujo que se veían, estaban colgadas á entrambos lados del balcón y bañadas por el sol.

Los dos pájaros encerrados en sus doradas prisiones habían sido también regalos de Víctor á su hermana y á su prima.

Saltaban gorjeando las avecillas y picoteaban las tiernas hojas de verdura y las flores silvestres con que habían sus candidas amas decorado sus viviendas.

—Mamá—dijo de repente la niña,—¿quieres que dé la lección de dibujo?

—Ya sabes que no es hora todavía—contestó con seriedad doña Catalina;—borda un poco más.

—Pero mamá, me canso de bordar; lo estoy haciendo desde las nueve... ¡Es tan pesado este punto de armas!

—Para ti todo es pesado, como no sea jugar con el gato ó correr con Camelia en el jardín—repuso Víctor soltando la risa;—ahora quieres dejar la labor con la excusa del dibujo para engañarme luego é ir á romperte el vestido entre las zarzas.

—Sí, ¡como tú haces lo que te da la gana sin sujeción ninguna!—exclamó Adoración mirando colérica á su hermano, al mismo tiempo que brotaba una lágrima de sus grandes ojos azules; luego añadió con tono de desafío:

—¿Cuándo me has visto tú roto el vestido?

—Te lo he visto desgarrar en el jardín mil veces; pero roto no te lo he visto nunca, porque Evangelina tiene buen cuidado de hacerte poner otro y de cosértelo antes de que nadie lo advierta; ¡ya se ve esa es la ventaja de llevar siempre

traje blanco y de tener una prima que se pasa en claro las noches cosiendo lo que tú destrozás!

—¡Victor!...—murmuró en tono de dulce reproche Evangelina.

—Vamos, silencio todos—dijo doña Catalina para poner paz;—tú, Adoración, borda hasta la una; ya sabes que la lección de dibujo es de una á dos.

Callaron los tres jóvenes, dóciles á la voz materna; la niña, cuyas mejillas se habían enrojecido de indignación con las chanzas de su hermano, volvió á inclinar la cabeza sobre su primoroso bordado.

Víctor fué á sentarse delante de su caballete y se puso á trabajar; su obra era una preciosa alegoría de la inocencia y la virtud; representaba el cuadro á un anciano venerable, de aspecto débil y enfermizo, recostado en un sillón de paja; junto á él, y apoyada en una ventana guarnecida y entoldada de enredaderas, se veía una joven que le miraba con solicitud y amor; una anciana con vestido de estameña, delantal de indiana azul y pañuelo blanco en el cuello, mudaba el agua á dos palomos, que, encerrados en una jaula grande, batían gozosos sus alas al ver cerca de ellos la rubia y rizada cabeza de su ama.

Este cuadro era encantador aun á los ojos de los más profanos en el hermoso arte de Apeles;

tanta era la belleza de su colorido, la naturalidad de las figuras, la perfección de sus detalles y el acierto de las sombras y de los accidentes de luz.

Victor dió algunas pinceladas en el vestido del anciano; luego miró á hurtadillas la hermosa cabeza de Evangelina, y retocó los cabellos de la joven del cuadro; aclaró el verde de las hojas de un arbusto, y se levantó, exclamando alegremente:

—¡Ya está!

Clavó la señora de Sandoval la aguja en su costura; Evangelina dejó su bastidor; Adoración arrojó la preciosa batista, que se enganchó en las agudas puntas de sus tijeras, y las tres se lanzaron al caballete.

—¡Oh, qué hermoso!—exclamó doña Catalina, fijando sus ojos centelleantes de maternal orgullo en el expresivo rostro del pintor.

—¡Mamá, mamá—gritó la niña—mira, también aquí ha retratado Víctor á Evangelina!...

Y su rosado dedo señalaba el semblante de la joven del cuadro, que, efectivamente, era un retrato de un mérito singular.

Evangelina se ruborizó y bajó la cabeza sin decir una palabra.

—¡Pobre hijo mío!—murmuró la señora de Sandoval clavando en Víctor una mirada de tristeza.

Después sus ojos fueron á fijarse en su sobrina con una expresión de amargo reproche, mientras que ésta, encarnada y conmovida, volvió á emprender su bordado.

—¡Ay, ay! ¡Cómo se parece á la tía Damiana la vieja que muda el agua á los palomos!—gritó Adoración batiendo las palmas.

—Como que es su retrato—dijo Víctor;—nada hubiera podido encontrar más á propósito para modelo que nuestra buena vieja; así, ayer, cuando cogía en el jardín laurel y hierbabuena para sus guisados, diseñé su figura, que después he engastado en mi cuadro.

—¡La una!—exclamó Adoración, al oír el reloj de la iglesia; ya puedo dejar ese bordado insopor...

É interrumpiéndose de súbito y abrazando á su madre añadió:

—¡Ah, perdóname, mamá! Es para ti el pañuelo, y lo hago con gusto, de lo contrario le llamaría insoportable.

La señora de Sandoval sonrió bondadosamente ante la ingenuidad de su hija, y luego se persignó con devoción, y, cruzando las manos, rezó el Avemaría de la hora, que contestaron los tres jóvenes; al concluir, Adoración se dirigió á buscar su bordado para guardarlo en la cajita de paja que le servía de estuche de labor; pero al tomarlo, una densa palidez cubrió sus lindas

facciones, que inmediatamente se tiñeron de un arrebatado carmín; las traidoras tijeras habían abierto en la batista dos heridas espantosas.

La pobre niña alzó la cabeza tímidamente para mirar á su madre; pero ésta murmuraba todavía una oración en voz baja por las almas de su esposo y de su hermano, práctica devota que por nada en el mundo hubiera dejado un día. Entonces Adoración volvió la vista á su hermano, y la severa mirada de éste cayó á plomo sobre su corazón.

—¿Quieres darme ese estambre que se me ha caído, Adoración?—dijo á media voz Evangelina, después de hacer rodar con disimulo hasta sus pies aquel objeto.

La niña se bajó maquinalmente y puso en la mano de su prima el voluminoso ovillo, que ya enredaba entre sus patas la linda y traviesa Camelia, acostada en un almohadón de paño encarnado que Evangelina le había colocado al sol.

—¡Serénate para que nada conozca mi tía!—murmuró la joven al oído de la atribulada niña.—¡Yo zurciré el pañuelo!

Un rayo de alegría iluminó el semblante de Adoración, que clavó en la joven una mirada de profunda gratitud; después, por un movimiento de su carácter vehemente y apasionado, se arrodilló como para buscar algo y besó con viva ternura la mano de Evangelina.

Humedeciéronse los grandes y melancólicos ojos de la joven al ver aquella muestra tan dulce de gratitud; mas para no llamar la atención de su tía se contentó con estrechar la mano de la niña, y volvió á su bordado, inclinando la cabeza para que no se advirtiesen las huellas de su emoción.

Esta muda y tierna escena tuvo un observador atento en Víctor, que, con el instinto admirable de los corazones amantes, adivinó lo que pudo haber dicho su prima á la traviesa niña, y cuando notó la súbita transformación del semblante de ésta, adquirió la certidumbre de lo que había pasado entre las dos.

Un profundo enternecimiento se pintó en sus facciones, y su mirada, impregnada de amor, abarcó á las dos jóvenes con una ternura infinita.

Adoración guardó el bordado en la caja y arrojó también en ella con rabia las alevosas é imprudentes tijeras, á riesgo de volverlas á clavar en la batista.

—¿No das la lección de pintura, Adoración?—preguntó dulcemente Evangelina, recomendando á su prima la prudencia con una mirada expresiva.

—¡Cómo, aun no has empezado!—exclamó severamente doña Catalina.—¿No sabes que comemos á las dos, y que no quiero que la lección

quede para la tarde? Voy á castigarte, Adoración, si pierdes el tiempo y alteras el orden.

La niña no contestó: acercó una silla al caballote que Víctor acababa de aproximar al balcón, y poniéndose sus manguitos empezó á trabajar.

La obra estaba ya á la mitad: consistía en un hermoso cuadro de comedor que representaba un gran canastillo lleno de flores y frutas; las dalias, los jazmines y los junquillos confundían sus colores con los matices de los gruesos melocotones, de las doradas peras y de las uvas de transparente morado; pero lo que más llamaba la atención eran las hierbas aromáticas que guarnecían el canastillo y tres hermosas naranjas colocadas en la parte más culminante de él, entre una corona de ranúnculos y violetas.

Víctor, apoyado en el respaldo de la silla de su hermana, la miraba trabajar en silencio; el cuadro era original, y, sin embargo, no le hacía la más leve observación.

—Las dos—dijo doña Catalina al cabo de algunos instantes.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras apareció en la puerta una anciana, ó más bien dicho el original de la buena mujer que se veía en el cuadro de Víctor.

—Señora, la sopa está servida—dijo con voz cascada y dulce.

Adoración dejó su pincel, quitóse apresuradamente los manguitos, que arrojó sobre una silla, y fué a colgarse del cuello de la anciana.

—Va usted á llevarme en brazos al comedor, ¿verdad, tía Damiana? ¡Ea!... tómeme...—dijo suspendiéndose de su cuello como una hiedra del grueso tronco de un árbol.

—Con mil amores, mi pequeña señorita—dijo tomándola en sus brazos la tía Damiana, que era alta y robusta.

—¡Adoración, allá voy yo...!—gritó doña Catalina con acento enojado, á la vez que en sus labios se dibujaba una sonrisa, excitada por la travesura de su hija.

—Déjala, mamá, y ven—dijo Víctor;—ven tú también, Evangelina.

Las dos se acercaron al caballete de la niña.

—Mama—continuó Víctor con tal emoción que hacía temblar su voz—el primer cuadro de tu hija, este cuadro en el cual sólo ha trabajado algunas horas, te va á dar 2.000 reales.

—Pues qué, ¿váis á vender el primer cuadro de Adoración?—preguntó Evangelina con doloroso asombro.

—Preciso será—contestó Víctor tristemente.

—Mi última enfermedad—añadió doña Catalina—ha agotado todos mis recursos.

—¡Oh, tía mía! ¿y no soy yo muy rica?—exclamó la joven.—Tome usted—añadió estrechan-

do las manos de la señora de Sandoval—tome de mi fortuna cuanto necesite y conserve el primer cuadro de Adoración.

—¡Gracias, hija mía!—contestó doña Catalina abrazando á la joven—con mucho gusto aceptaría tu generosa oferta si no me enorgulleciera en extremo el comer el pan que ganan mis hijos.

—Entonces, Víctor, vende en seguida tu cuadro—dijo Evangelina con tristeza—tú ya tienes otros muchos.

—Víctor quiere conservarle porque encierra tu retrato, hija mía—observó la señora de Sandoval fijando en su sobrina una mirada profunda.

Ruborizóse la joven y bajó la cabeza sin contestar.

—Y además—añadió Víctor—la aparición de ese cuadro conquistará un nombre eterno á nuestra niña.

Al decir estas palabras presentó el brazo á su madre; Evangelina los siguió, y pasaron al comedor, situado cerca de la cocina.

En ésta, y sentada sobre las rodillas de la tía Damiana, estaba Adoración, cantando entre carcajadas una antiquísima canción, á cuyo monótono compás la mecía la buena vieja en sus primeros años; cerca de ellas, y palmoteando gozoso, estaba el tío Francisco, esposo de la cocinera y jardinero de la casa; vestía de paño burdo, y su